

Reyes Mate, *Memoria de Occidente. Actualidad de pensamientos judíos olvidados*, Barcelona, Anthropos, 1997.

la circuncisión sigue siendo el hilo de lo que me hace escribir, aunque lo que lo sostenga no se sostenga más que de un hilo y amenace con perderse. (214)

la mezcla de esta cena increíble del vino y la sangre, hacerla ver como la veo en mi sexo cada vez que la sangre se mezcla con el esperma o la saliva de la felación, describir mi sexo a través de milenios de judaísmo, describirlo hasta romper el papel, hacer babear, mojar los labios, arriba y abajo, de todos los lectores extendidos, a su vez, sobre los cojines, en las mismas rodillas del “padrino” Elie —el gran duelo—, no dejar nada, si es posible, en la sombra de lo que me devuelve al judaísmo, alianza rota en todos los planos (*karet*), quizá con una interiorización voraz, y de formas heterogéneas: el último Judío, [...], esto es lo que los lectores no saben de mí, el hiato de mi respiración a partir de ahora, sin continuidad pero sin ruptura, el tiempo cambiado de mi escritura, la gráfica, por haber perdido su verticalidad interrumpida, casi en cada letra, para estar cada vez mejor ligada pero leerse cada vez peor desde hace casi veinte años, como mi religión, de la que nadie comprende nada... (171)

Derrida, *Circonfesión*

Hacer saltar la letra desde la herida, romper el papel desde la desgarradura misma del prepucio y a partir de esa marca escribir con una hoja afilada: “si no sangra el libro habrá fracasado” (149), es-

cribe Derrida. Y si el filósofo habla, vive y piensa desde esta inscripción en el cuerpo, la escritura no puede menos que ser el espacio en el que el corte se despliegue como duelo y pérdida. Se escribe, se quiera o no, *siempre* desde un lugar; el cuerpo es ya un territorio para el judío, *el lugar* por excelencia. Como lo es también, y no obstante la realidad de la ausencia del hebreo, las diversas lenguas en las que la “herida” judía habla: español, inglés, francés o alemán, y en las que ésta adquiere su especificidad. Es cierto que la tierra y la lengua pertenecen, en el ámbito del pensamiento judío, a la esfera de lo mítico-religioso, de los objetos perdidos y de ese deseo que no se apaga en el desplazamiento de la diáspora; pero también es cierto que el espacio del cuerpo y de la lengua materna, íntima, es en definitiva una tierra más fuerte que la otra, la originaria, y sobre la cual se construye la memoria de la llamada filosofía judía. Rosenzweig, Hermann Cohen, Lessing, Marx, cada uno desde su particularidad, escriben en alemán, “sangran” en ese idioma, no en el hebreo de sus antepasados. No son de manera alguna marginales con respecto de él; muy por el contrario, inmersos en él y en su tradición se nutren para pensar y pensarse. Si acaso, podría decirse, tienen acceso a una doble herencia: la de su pasado antíguísimo que enriquece ciertamente su percepción del territorio geográfico y lingüístico en el que viven, pero la lengua, y considero que el caso de la cultura judía alemana es un ejemplo iluminador, la lengua en la que se sueña y se escribe, delimita y moldea el pensamiento. Y esto sin entrar en el terreno de lo propiamente literario, donde el escritor trabaja con el material puro de la palabra; habría que asomarse al alemán de Heine, de Kafka o de Joseph Roth, por señalar sólo algunos ejemplos, para darnos cuenta de la fuerza con la que cada uno de ellos lo hace estallar, lo desterritorializa; para ellos, el alemán es esa lengua íntima que poco tiene que ver, creo yo, con la “ausente”.

Ahora bien, todo este discurso sobre el territorio de la lengua, ¿para qué? ¿Qué tiene que ver con el libro de Reyes Mate, *Memoria de Occidente. Actualidad de pensadores judíos olvidados*? Aparentemente poco, y sin embargo, a partir de mi lugar de lectora, como judía y como habitante de mi lengua, el español, el libro me suscita un sinnúmero de preguntas. Habría que decir que el valor de

un texto no está sólo en las respuestas que ofrece sino en las dudas y cuestionamientos que abre. La propuesta del autor de una categoría como la de “lo judío” para hablar de la modernidad, a partir del estudio de algunos filósofos judeoalemanes, en particular Rosenzweig, más allá de su lado sugerente, me inquieta, me lleva a una reflexión más profunda y me deja, me atrevo a decir, un extraño sabor de boca. No porque el tema no haya sido abordado por otros filósofos igualmente lúcidos (Stephan Moses, Lyotard, Deleuze, etc.), con los que podría estar parcialmente de acuerdo, sino porque, una vez que la asociación judío-extranjero-marginal-universal se convierte en un lugar recurrente, habría que preguntarse a fondo si en realidad este esquema, ciertamente sugerente, en realidad se sostiene. ¿Podría decirse, no sólo del judío sino en general, que se puede hablar desde el “no-lugar del ser”?; ¿existe la “cuestión judía” como problema de dirección única o son acaso múltiples los horizontes de lo que de manera ambigua se ha llamado “lo judío”? Aquí es donde quisiera intervenir cuestionándola, cuestionándome.

No deja de ser seductor el planteamiento general del libro en el que Rosenzweig, al centro de otros filósofos judeoalemanes, parece venir a rescatar al pensamiento occidental de su ineluctable caída dándole una orientación ética en la que el sentido del hombre no estaría sino en el otro hombre. “Dejarse invadir por lo que no es uno”, escribe Reyes Mate glosando a Hermann Cohen, y siguiendo así una línea de pensamiento que llega hasta Rosenzweig y su concepto de *revelación*, es decir, el de la palabra en forma de pregunta. “Y la pregunta es ‘hombre ¿dónde estás tú?’”. La pregunta, escribe Reyes Mate, “deshiela la memoria, ya que gracias a ella descubro que no estoy solo, que hay alguien anterior a mí que me llama” (193). En otras palabras, el reconocimiento del “yo también soy” (Bajtín) daría a la filosofía occidental la posibilidad de salir de su ensimismamiento, de su ipseidad (mismidad) para asumirse como parte de una relación con el Otro. Hasta aquí, la escritura de Reyes Mate nos va abriendo camino a través de los orígenes y trayectoria del pensamiento sobre la alteridad, hasta llegar a uno de los más frecuentados autores en nuestros días, Emmanuel Levinas. No cabe duda del interés que suscita la lectura de algunos fragmentos de *La Estrella de la Redención* y la luz que arroja para comprender el im-

pulso que llevó a Rosenzweig a plantear la cuestión de la revelación del otro: “De la muerte, de la angustia ante la muerte, pende el conocimiento del Todo”. Así se inicia su obra magistral. Pero con todo lo fascinante que resulta la lectura de este autor, hay algo en la “orientación” de Reyes Mate que me perturba. Pienso en la Alemania de la Ilustración, en la intensidad con que el intelectual judío de esa época vivía su relación íntima con la propia cultura alemana al grado de no haber podido concebir, prácticamente ya en medio de los campos, su aniquilamiento. Y, en medio de esta asimilación cultural, el pensamiento judío frente a su pasado ancestral y su presente en un territorio geográfico y lingüístico del todo suyos, no pudo haber pensado el mundo desde “afuera”. Tendemos, y me incluyo en esta inclinación, a dejarnos seducir demasiado por las metáforas y, quizás ahora que la categoría de lo judío se ha petrificado en un par de ellas, es hora de dismantelarlas: “lo judío de este libro como una metáfora por la marginalidad sin más... quizá el judío ha sabido reflexionar como nadie sobre la universalidad desde la marginalidad” (281). Si ha habido un momento en la historia en que el judío se vivió a sí mismo como parte integral de una sociedad, de una lengua y de una tierra, fue en la Alemania que después intentó reducirlo a cenizas. Y desde ahí pensó y habló. La “cuestión judía” no dio al pensamiento judío de la Emancipación una dirección única, no hizo de él “el marginal”, como lo fue en la Edad Media. Quizá la riqueza de su pensamiento radicó en su capacidad de asimilar, inmerso en la historia, en su lengua alemana y en su territorio, la sabiduría de sus sabios antepasados.

ESTHER COHEN